

E S P A C I O A B I E R T O



Manuel Alfonseca

Los moradores de la noche

ANAYA

1.ª edición: marzo 2012

© Manuel Alfonseca, 2012
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-2872-6
Depósito legal: M. 4252/2012
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiarren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

E S P A C I O

A B I E R T O



Manuel Alfonseca

Los moradores de la noche

ANAYA

RELATO DE IGNACIO CHARRÁN

1. Río arriba

Dentro de unos días, habré llegado a *El corazón de las tinieblas*.

Esa novela siempre me ha obsesionado. Al encontrarme, un siglo largo después de Conrad, en los mismos lugares que él visitó, donde padeció la aventura que después se convirtió en libro, no pude evitar la opresión de su sombra, como un peso aplastante.

Sin embargo, las circunstancias eran muy diferentes: ya no estamos en el siglo XIX, sino en el XXI. El centro del río Congo, a plena luz del día, dista mucho de recordar las tinieblas. El río es ancho, más de un kilómetro, y sus aguas reflejan los rayos del sol como mil espejos. El cielo, a esa hora y en ese mes, es tan luminoso que más que azul parece blanco. La selva impenetrable, que corta la vista a lo largo de ambas orillas, combina los verdes más brillantes con los más opacos para formar una imagen caleidoscópica, realzada por las variadas notas de color de las últimas casas de Brazzaville, que se iban perdiendo a nuestra espalda. Todo muy alejado de *El corazón de las tinieblas*. En apariencia.

El primer día de viaje lo pasé acodado en la amura de estribor, contemplando con prevención la orilla derecha del río, donde la selva contrastaba oscura contra la cegadora luz del sol, que apenas se alzaba sobre las copas de los árboles más altos. La tripulación del vapor parecía compartir mis temores. Además de ceñirse lo más posible a la orilla izquierda, lanzaban miradas de soslayo hacia el lado opuesto, como si temiesen ser atacados en cualquier momento. Pero ningún grupo de hombres armados rompió la quietud y el silencio del bosque, y hasta que pasamos frente a Kunzulu apenas vimos señales de habitación humana. Río abajo, Kinshasa era invisible, oculta por la gran isla boscosa situada en el centro de la balsa de Malebo.

Tras esa masa negruzca de árboles entrelazados, trepadoras y epifitas, uno podía imaginarse lo peor. Detrás de ese telón, invisible como una obra de teatro representada a espaldas del público, a lo largo de miles de kilómetros, ardían a escondidas varios campos de batalla: los de la lucha contra enfermedades misteriosas, terribles, como el SIDA y el virus Ébola; los del conflicto olvidado, la guerra continental africana, la pugna de nueve países por el control de los diamantes. La tragedia de Ruanda, que conmovió al mundo, había contaminado el país vecino, esa triste víctima de colonialismos, guerras civiles y dictaduras, que ni siquiera parece capaz de mantener su nombre, pasando en rápida sucesión, en menos de medio siglo, por Congo Belga, Congo-Kinshasa, Zaire, República Democrática del Congo...

Afortunadamente, mi viaje no haría otra cosa que rozar la frontera fluvial del país mártir. Yo me dirigía a Ouésso, al norte del otro Congo, la República del Congo, el Congo-Brazzaville. Para llegar allí debíamos remontar el gran río hasta su confluencia con uno

de sus afluentes, el Sangha, un poco más arriba de Mossaka. Una distancia de casi cuatrocientos kilómetros. A partir de ahí, otros trescientos sesenta Sangha arriba. Allí, al revés que a Marlow, el héroe de la novela de Conrad, no había ningún Kurtz esperándome. Al menos, eso creía yo.

Me las prometía muy felices. Por cuenta de mi periódico, iba a entrevistar a una mujer famosa en todo el mundo, la doctora Joan Wickedwhole, la zoóloga. No era mi primer viaje a los lugares exóticos del planeta. Hace años me interné en las profundidades de las selvas de Camboya para hacer un reportaje gráfico sobre el estado de las ruinas de Angkor Vat después de la caída de los Jemeres Rojos. También he estado en las canteras de Liao-Ning, en el corazón de China, donde tuve la suerte de ser testigo del descubrimiento de una nueva especie de dinosaurios con plumas, el *Microraptor gui*. Todo esto me ha dado cierta notoriedad, que me resbala, pues me interesa mucho más lo que yo hago que lo que digan de mí.

La mañana del segundo día cambió el aspecto del paisaje. El río se ensanchó considerablemente y comenzó a salpicarse de cadenas de islas que dividían su corriente y nos protegían convenientemente de la temida orilla derecha. La pantalla de árboles que se alzaba a nuestra izquierda se hizo menos tupida y permitió columbrar a lo lejos sabanas abiertas pobladas por pequeños grupos de jirafas, los únicos animales visibles a esa distancia.

A la caída de la noche llegamos a Mossaka, poco más que un amontonamiento de casas nativas alrededor del muelle. Descendí a tierra y busqué alojamiento en una fonda a dos calles del río, pues la tripulación tenía que dejar allí parte de la carga y no proseguiríamos viaje hasta la mañana siguiente. Apenas puse pie

en el muelle, me asaltó una nube de mosquitos, de los que nos habíamos librado, desde que salimos de Brazzaville, gracias a la velocidad del barco. La cena fue un simple guiso de arroz con pan de mandioca, sazonado por precaución con una píldora antipalúdica. Dormí de un tirón sobre una triste colchoneta, debajo del mosquitero, aunque estaba magullado después de treinta y seis horas de viaje por el río.

Apenas alboró el día, emprendimos la segunda parte del viaje y abandonamos el río Congo y la frontera, introduciéndonos en el Sangha y en el territorio de la República del Congo. El terreno es pantanoso, cubierto de manglares, juncos y hierbas altas. Allí la selva se retira del río, pero su masa oscura sigue siendo visible a la distancia como una amenaza insondable.

Durante la noche siguiente, mientras trataba en vano de conciliar el sueño sobre un duro catre, poco más que un estrecho banco cubierto con una manta, penetramos en el territorio de Sangha, una de las dos regiones situadas al norte de la República, la parte más salvaje y menos poblada del país. Según los datos que había podido recabar, poco dignos de confianza por la falta de censos fiables, la población de Sangha no llega a un habitante por kilómetro cuadrado. No era, pues, de extrañar que al día siguiente, último del viaje, apenas distinguiésemos casas o seres humanos en las orillas, aparte de un par de aldeas ribereñas, Pikounda e Ikelemba, donde ni siquiera nos detuvimos. Poco más allá de esta localidad, la selva vuelve a acercarse por ambos lados hasta las márgenes, y el río, mucho más estrecho que en su desembocadura, se convierte en un túnel umbrío, que avanza entre dos murallas verdes que se aproximan por la parte superior, dejando apenas entrever el cielo como una estrecha banda sobre nuestras cabezas.

Caía la tarde cuando llegábamos a Ouésso. La capital de la región de Sangha, situada junto a la frontera del Camerún, es tan pequeña que ni siquiera figura en muchos mapas. Las chozas nativas, cuadradas con techo de bálago, se agrupan de forma irregular alrededor de los edificios administrativos, que forman el centro de la localidad. Avisado por radio de mi llegada, el señor Kukuya, representante del gobierno en Ouésso, me estaba esperando en el muelle. Se lo agradecí, especialmente cuando me informó de que la doctora Wickedwhole no vivía en la ciudad.

—Es un poco tarde —dijo, señalando hacia el cielo, que el breve crepúsculo ecuatorial había oscurecido en un abrir y cerrar de ojos—. No encontrará a nadie que quiera guiarle en plena noche. Entre tanto, le ofrezco la humilde hospitalidad de mi casa y de mi mesa.

—Acepto agradecido —repuse—. ¿Está muy lejos de Ouésso la residencia de la doctora?

—A unos diez kilómetros hacia el este, al otro lado del río, en el corazón de la selva. El camino no es difícil. Mañana, a primera hora, le llevarán hasta allí.

Kukuya chascó dos dedos para ordenar a un par de mozos que cargasen con mi equipaje, y emprendió la marcha hacia el centro de la capital. Le seguí, arrasando un poco los pies, pero contento ante la perspectiva de una buena cena y de dormir en una cama de verdad, después de cuatro días de viaje agotador. Las palabras que había pronunciado mi huésped me habían recordado mi obsesión, la novela de Conrad. Por fin estaba en *El corazón de las tinieblas*.

2. A través de la selva

Dormí de un tirón toda la noche y desperté tarde. El señor Kukuya me estaba esperando, pero no hizo ningún comentario. Ya sabéis que, en África, el concepto de la puntualidad es más flexible que en Europa. Mientras desayunaba, me hizo algunas preguntas corteses sobre mi trabajo, pero no parecía demasiado interesado en las respuestas. Aproveché para indagar sobre la doctora Wickedwhole y sus experimentos con los primates, pero me contestó con evasivas. Pensé que su laconismo podía explicarse por la ignorancia o el desinterés, hasta que la extraña expresión de sus ojos me hizo sospechar que el miedo fuese causa principal de la parvedad de sus respuestas. Pero ¿miedo a qué o a quién? ¿A una mujer de edad intermedia, perdida en la selva? No parecía probable. ¿A los demonios del bosque con los que ella trabajaba? ¡Por Dios! Estamos en el siglo XXI y Kukuya era un alto empleado del gobierno. Bueno, quizá no tan alto, pues estaba desterrado en un pequeño puesto fronterizo, capital de la región más despoblada del país, en el corazón de las tinieblas... No pude evitar una triste sonrisa, que me apresuré a disimular, para que no la

tomara como una burla a sus expensas. Luego pensé que quizá Kukuya fuese nativo del lugar, sin ambición de salir de él. Se lo pregunté.

—No, no soy de aquí —replicó, acompañando sus palabras con un gesto de desagrado—. Yo nací en Pointe-Noire y pienso volver allí a la primera oportunidad. Este lugar no tiene porvenir.

—¿Hace mucho que está destinado aquí?

—Poco más de un año, el más largo de mi vida.

Su francés era perfecto. Evidentemente, era un hombre educado. Sentí curiosidad por conocer el motivo por el que le habrían destinado a Ouésso, pero no me pareció cortés preguntárselo.

—El guía que va a conducirle a casa de la doctora está esperando fuera —dijo Kukuya, en cuanto vio que había terminado el desayuno—. Puede usted salir cuando guste. Si necesita algo, ya sabe dónde me tiene.

Al decirlo me miró significativamente. Era obvio que sus palabras ocultaban algún doble sentido, pero no pude imaginar cuál sería. Me pareció distinguir en su tono un atisbo de conmiseración, que atemperaba la frialdad con que me estaba hablando, muy distinta de su amable acogida del día anterior. Sentí que interrogarle más a fondo rebajaría mi dignidad, pues evidentemente deseaba librarse de mí cuanto antes. Le ofrecí la mano, que me estrechó después de vacilar un instante, y salí en busca de mi destino.

El guía era un bantú muy joven, alto y delgado como un junco, con una sonrisa permanente y ojos expresivos. Me cayó bien en el acto. Se echó al hombro buena parte de mi equipaje y dirigió los pasos hacia la zona oriental de Ouésso. Cargué con una maleta y el equipo fotográfico, que jamás confiaba a nadie, y le seguí. Al principio se mantuvo respetuosamente si-

lencioso, lanzando miradas subrepticias hacia mí. Cuando llegamos junto al río, dejó mis cosas en el suelo, señaló hacia la otra orilla y chapurreó en francés:

—Él venir a buscarnos pronto. Aguardar aquí.

Miré hacia el otro lado, pero no vi a nadie junto a la barca que había de trasladarnos. Me dispuse para una larga espera, pero me equivocaba. Antes de quince minutos apareció un hombre, subió a la barca y la empujó hacia el centro de la corriente. La travesía fue rápida. Menos de una hora después de la partida, el guía y yo nos internábamos en la selva. El camino que seguíamos parecía bastante trillado en la parte más cercana a la ciudad, aunque no nos cruzamos con nadie, y a medida que avanzábamos se iba perdiendo entre la maleza, que asfixiaba los troncos que nos rodeaban. Eran los árboles típicos de aquella parte del país: okumé, cedro rojo, caoba africana...

Vencida la timidez, el guía empezó a hablar por los codos, explicándome cosas de la selva: los nombres de las plantas en su lengua nativa, historias picantes de interés local, todo lo que se le ocurrió. Hablaba en voz muy alta, como si tratara de infundirse valor, como el niño que canta cuando está asustado. Yo, en cambio, caminaba tranquilo, sin temor alguno. Los rayos del sol, que resplandecían espectacularmente en los claros del bosque, iluminaban, cual focos de teatro, enormes aglomeraciones de mariposas, que permanecían casi inmóviles en el suelo, como flores parpadeantes, gozando del calor, y se alzaban en enjambre mientras cruzábamos entre ellas. Era imposible que una escena semejante ocultase un significado siniestro.

Un ruido seco procedente de la selva me hizo recordar que, además de mariposas, seres menos pacíficos poblaban aquel lugar. Pensé en el leopardo, el mandril y el jabalí gigante del bosque y me puse ins-

tantáneamente en guardia. El guía, sin embargo, no parecía más asustado que de costumbre.

—¿Qué ha sido eso? —indagué—. ¿Algún animal salvaje?

—Pigmeo —respondió, en voz baja.

—¿Son peligrosos? —pregunté, acariciando el machete que colgaba de mi cinturón, del que me había provisto por precaución y que hasta ahora no había utilizado.

Mi guía negó con la cabeza y cayó en un mutismo absoluto.

El camino era ahora mucho menos visible, desapareciendo a veces por completo y volviendo a aparecer cuando menos lo esperaba. Afortunadamente, el guía lo conocía a la perfección y no denunciaba un momento de duda. En los puntos más difíciles, tuve que recurrir al machete para el objetivo que me había impulsado originariamente a traerlo, aunque no lo hice con excesiva habilidad, como demostraban las miradas de exasperación que me dirigía de cuando en cuando el muchacho que me acompañaba. Cargado como estaba, él no podía ayudarme en ese menester, pero tampoco lo necesitaba, pues se escurría entre la maleza con la facilidad de un dik-dik, mientras yo me enganchara constantemente entre los tentáculos de las plantas trepadoras, y una vez tropecé, caí por tierra y me hice un feo corte en la cara, pues había puesto toda mi atención en proteger del golpe mi equipo fotográfico, que por suerte salió mejor parado que yo.

A eso de la una hicimos alto para comer un frugal almuerzo que el señor Kukuya había proporcionado al guía. Sentados al pie de un nudoso roble africano, al borde de un pequeño claro, intenté sonsacarle, pero solo me contestó con monosílabos. Observé que había perdido su sonrisa.

—No estamos ya muy lejos, ¿verdad?

—Una hora más.

—¿Conoces a la doctora?

—Sí.

—¿Es fácil llevarse bien con ella?

—No.

—¿Por qué?

Por toda contestación, se limitó a encogerse de hombros.

Terminada la comida, continuamos la marcha. Medité que diez kilómetros en la selva se alargan interminables, hasta el punto de que la residencia de la doctora Wickedwhole y la ciudad de Ouésso parecían estar mucho más alejadas entre sí. Pero todo llega en este mundo, y en cierto punto observé que el camino volvía a hacerse visible. Al mismo tiempo, el guía aflojó la marcha. Por último se detuvo, echó a tierra mi equipaje, se volvió hacia mí y se apoyó sobre un solo pie, mientras movía el otro en círculo a su alrededor.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunté enfadado, pues ansiaba llegar al final del viaje y lo último que deseaba era un nuevo descanso.

—Ella está cerca —respondió, mirando nervioso en todas direcciones.

—Está bien. ¡Vamos!

—Camino bueno. No puede perderse.

—¿Qué quieres decir?

Antes de que pudiese hacer nada por impedirlo, dio media vuelta y emprendió veloz carrera, volviendo por donde habíamos venido. Grité, avancé algunos pasos tras él, pero comprendí que, si le seguía, solo conseguiría perderme. Dejé mi equipaje donde estaba y, cargado solo con el equipo fotográfico, eché a andar camino adelante.

Habría recorrido unos cien metros cuando, sin previo aviso, se abrió ante mis ojos un extraño panorama. En el centro de un amplio claro de la selva, que hasta un instante antes había estado oculto por los serpenteos del camino, se alzaba lo que solo puedo describir como una típica casa señorial de la campiña inglesa. La fachada, dos pisos de piedra rojiza abierta por innumerables ventanas, estaba flanqueada por dos alas en ángulo de unos treinta grados. Delante del conjunto se extendía un césped bien cuidado. Una mujer muy alta, de rostro anguloso, vestida con ropas europeas modernas, estaba de pie en medio del césped. A su lado, no más alto que un niño de diez años, un hombre de raza negra y rostro terriblemente arrugado, inmóvil como una estatua, señalaba con el dedo hacia mí.